ANTONIO RAMOS MARTÍN

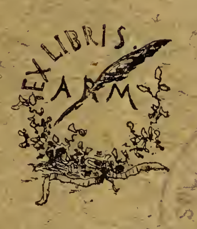
Mantequilla de Soria

ZARZUELA CÓMICA-SAINETESCA-SENTIMENTAL

en un acto, dividido en tres cuadros y dos anónimos, en prosa, original

MÚSICA DEL MAESTRO

CELESTINO ROIG



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917



MANTEQUILLA DE SORIA

MANTEQUILLA DE SORIA

ZARZUELA CÓMICA-SAINETESCA-SENTIMENTAL

en un acto, dividido en tres cuadros y dos anónimos, en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN

música del maestro

CELESTINO ROIG

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 15 de Febrero de 1917



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

A Casimiro Ortas (hijo),

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SALUD......................	Carlota Paisano.
LA IDEAL PIPÍ............	Rosario Leonís.
DOÑA CASIMIRA PÉREZ, viuda de Peláez...........	Elisa Moreu.
ROBUSTIANA...............	Carmen Sobejano.
UNA CUPLETISTA........	Elena Cuevas.
PAQUITA	Paquita Sánchez.
DON ANGELITO TIERNO..	Casimiro Ortas (hijo).
DON MAURICIO...........	Carlos Rufart.
TANIS......................	Leopoldo Pitarch.
PACO	Faustino Bretaño.
GUTIÉRREZ.............. «EL NIÑO DE LAS ALEGRÍAS»..................	Cristobal Sánchez del Pino.
EL QUE PIGNORA.........	Valeriano León.
MANOLO «EL DEDITOS»..	Vicente G. Valero.
EL NEGRO PAQUITO......	Luis Fischer.
DOROTEO..................	Carlos Román.
GÓMEZ.....................	Robustiano Ibarrola.
LÓPEZ......................	Arturo Beltrán.
FERNÁNDEZ...............	Enrique Besga.
UN CAMARERO...........	Luis Zabala.

Gente que pasa por la calle, invitados a la boda, chicos y chicas de la vecindad

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Casa de Préstamos en los barrios bajos de Madrid. A la derecha gran mostrador. Puerta lateral al mismo lado, que se supone que comunica con habitaciones interiores. Encima del mostrador recado de escribir, libros de caja y cuadernos de tamaño grande. Puerta a la izquierda. Al foro centro puerta de cristales por la que se ve la calle. Esta puerta se cierra sola y tiene un timbre que suena mientras está abierta. A los dos lados de esta puerta hay dos escaparates por los que se ve la calle. En todo el frente un rótulo que dice: COMPRA-VENTA MERCANTIL.

—

(Al empezar el cuadro, DON ANGELITO TIERNO está sentado en una silla de espaldas a la puerta del foro, oyendo el gramófono que en aquel momento toca una marcha militar. Es don Angelito un señor de unos cuarenta años, con cara de buena persona. Viste de oscuro; usa gorra y manguitos.)

Ang. (Quitando el disco del gramófono, una vez que ha terminado.) ¿No hay quien se lleve este aparatito, aunque esté tocando todo el santo día? (Lo deja en el extremo del mostrador al tiempo que por el foro entra Paco, que se dirige a don Angelito. Paco es un albañil de unos cuarenta y cinco años. Viste el traje del trabajo. De la mano trae a Paquita, una niña de unos ocho o nueve años, muy sucia y vestida muy pobremente.)

Paco ¡Buenos días, don Angelito!

Ang. Muy buenos, Paco.

Paco (A Paquita.) Saluda, niña.

Paq. Buenos días, ¿cómo está usté? ¡Yo bien, gracias! En casa buenos. (Todo lo dice muy deprisa.)

Ang. ¿Y qué te trae por aquí?

Paco La mala pata, el sino perro con que nacemos algunas criaturas.

Ang. ¿Pero qué te pasa?

Paco Pues casi na: que anoche éramos siete en mi casa y desde esta mañana somos nueve pa servir a usté.

Ang. ¿Cómo es eso?

Paco La Salustiana que me acaba de dar dos...

Ang. ¿Dos qué?

Paco Dos chicos.

Ang. ¡Atiza!

Paco Ya ve usté; una gracia nueva. Antes ya se sabía: ca diez meses, un rorro; pero esta vez...

Ang. ¡Dos rorros!

Paco Rorro y rorra. ¡Y que han venido al mundo con una cara de tragones! .. Bueno, yo, pa qué le voy a engañar a usté, estaba con la mosca en la oreja por el volumen total de mi señora.

Ang. Sí que tenía un perfil un poco alarmante.

Paco Calle usté, un prefil que atemorizaba; tanto que yo no hacía más que decirla: mira, Salus, que Dios quiera que me equivoque, pero me paece a mí que esta vez... Y ella me decía: «Quiá, hombre; como siempre, uno na más»; pero lo decía pa no asustarme.

Ang. Es claro, para no afligirte, porque otra le quedaba dentro.

Paco Ya usté ve.

Ang. ¿De modo que ahora tienes siete hijos?...

Paco Siete... (Por Paquita.) ¡Y ésta la mayor!

Ang. ¿Y ésta cuántos años tiene?

Paq. Nueve años he cumplido el día dos de Noviembre, festividad de las Animas Benditas del Purgatorio, que en paz descansen.

Ang. ¡Siete!

Paco ¡Siete!

Ang. ¡Pobre Paco!

Paco Ya sabía yo que había usté de compadecerse de mi situación. Usté es la única persona

capaz de sacarme de este apuro; usté que tiene tan buen corazón.

Ang. De mantequilla de Soria: al calor de las desdichas ajenas se me derrite. Esta es mi desgracia, no tener el corazón de cemento armado. Figúrate lo que sufriré yo en esta casa sin ver más que lágrimas y sin oir más que suspiros, ayes, gemidos, quejas y pucheros. Yo, que soy un hombre que no puede escuchar una lástima sin socorrerla, empleado en un establecimiento de compraventa mercantil, donde se saca los higadillos a todo el que entra por esa puerta.

Paco A eso precisamente vengo yo hoy.

Ang. ¿A qué?

Paco A que me saque usté los higadillos. (Saca un reloj de bolsillo de metal blanco de gran tamaño.) ¿Qué me da usté por este reloj?

Ang. (Mira despreciativamente el reloj; varias veces abre la tapa y por fin se lo acerca al oído.) Esto no anda.

Paco Dándole un golpecito sí. (Coge el reloj, lo mueve, primero con cierto mimo, luego bruscamente y, por último, le da un golpe contra la palma de la mano. Al ver que ya anda se lo entrega otra vez a Angel con aire de triunfo.) Mírele usté ahora. Tiene un sonido admirable: tic-tac, tic tac, tic-tac...

Ang. ¿Y esto cómo lo vienes a empeñar: como aparato de relojería, como antigüedad histórica o como pisapapeles?

Paco No se burle usté, que ahí dentro están los garbanzos de mis siete hijos.

Ang. Pues lo menos cabe kilo y medio.

Paco (Suplicante.) ¡Don Angelito!

Ang. ¡Don Paquito! Aquí tomamos ropas, alhajas y efectos; pero de patatas no hemos dicho ni media palabra.

Paco Por Dios, don Angel; piense usté en mi situación; en la recién parida; en mis siete hijos...

Ang. (Mirando el reloj con cierta benevolencia.) ¡Pobres criaturas! (Haciendo un mimo a Paquita.)

Paco Acuérdese usté de los dos gemelos, a los que no hemos podido dar ni una mala teta.

Ang. ¡Infelices! (Mirando el reloj con mayor interés.)

Paco Considere usté que sólo han tomao una papilla que les ha hecho la agüela... ¡la primera que les hemos podido dar!

Ang. ¡Desgraciados! (*Muy enternecido y mirando el reloj como si anduviese.*)

Paco ¡Y la han devuelto! ¡Claro, tienen el estómago tan delicadito!

Ang. ¡Angelitos! (*Vuelve a mirar el reloj.*) ¡Pero si esto es un cacharro! (*Pausa.*) ¡Desdichados recién nacidos! (*Muy enternecido.*) ¡Y han echado la primera papilla!

Paco (*Sentándose en una silla con amarga desesperación.*) ¡Me se mueren! ¡Me se mueren!

Ang. En fin, entraré a ver si don Mauricio dice que se puede dar algo. (*Se va por la izquierda; pero antes de hacer mutis intenta que ande el reloj y sólo lo consigue pegándole un golpe contra el mostrador.*)

Paco (*Al tiempo de salir don Angelito.*) ¡Y dígale usté mi situación!... ¡Y píntele usté mi angustia!... ¡Háblele usté de mis hijos!... A ver si le saca usted dieciocho reales... (*Mirando hacia el sitio por donde salió don Angelito.*) ¡Vaya un tío panoli! ¡Es un peazo de primo! ¡Y cómo ha picao!... Lo que es como se quede con el reloj, pasao mañana le traigo la cadena con el dije del guardapelo... aunque tenga que matar a los recién nacidos pa sacarle cuatro pesetas. (*A Paquita.*) Y tú, niña, haz el favor de no sonreirte siquiera y de poner una cara muy triste, como si tuvieras algún dolor... ¡Ah!, y cuando yo te dé un pellizco en el brazo, abres la boca como si tuvieras hambre...

Paq. Pero no me lo vaya usté a dar de monja, que esos duelen mucho.

Paco ¡Cállate, que ahí sale! (*Apoya la cabeza entre las manos en actitud de profundo abatimiento. Paquita se pone muy triste.*)

Ang. (*Que aparece con cara de contrariedad.*) ¡Paco!...

Paco ¿Qué le ha dicho a usté?

Ang. ¿Que qué me ha dicho? Como si me hubiera oído lo de la patata. Ha mirado el reloj, primero; luego me ha mirado a mí y después me ha dicho con mucho retintín: que la monden y que la echen al puchero.

Paco ¡Ya me lo figuraba yo! Por eso traigo esto como último recurso. (Sacando un pistolón.)

Ang. (Sujetando a su amigo rápidamente.) ¿Qué vas a hacer, Paco?

Paco ¡Ofrecerle a usté está pistolita!

Ang. ¡Ah, vamos!... Me habías asustado.

Paco Fíjese usté qué alhaja: una pistola belga de dos cañones, rayada, gran alcance y precisión admirable.

Ang. (Cogiendo el arma con cierta prevención.) No estará cargada.

Paco Cójala usté sin cuidado que no se dispara.

Ang. ¡Pero si a esto le faltan los dos gatillos!

Paco Ya le digo a usted que no se dispara.

Ang. Esto...

Paco Hombre, claro que no es una pistola pa matar a nadie, es pa asustar na más.

Ang. ¡Esto no sirve para nada!

Paco ¡Eso de que no sirve!...

Ang. A no ser que la uses a medias con el reloj: apuntando con ésta y disparando con éste... ¡Asustas y escalabras! Paco, yo lo siento mucho, pero no puede ser.

Paco Don Angelito, reflexione usté...

Ang. No puedo reflexionar.

Paco (Suplicante.) ¡Por su madre!

Ang. Soy huérfano.

Paco ¡Por sus hijos!

Ang. Soy soltero.. y formal.

Paco Pues por los míos, por esas pobres criaturas que no tienen que llevarse a la boca. (Paco pega disimuladamente un pellizco a Paquita.)

Paq. (Abriendo exageradamente la boca.) ¡Aaaah...!

Ang. (¡Pobrecita, qué debilidad tiene!) El caso es...

Paco Por su buen corazón.

Ang. ¡Y dale con el buen corazón!

Paco La necesidad es muy negra. (Pausa.)

Ang. Bueno, por última vez. Te voy a dar por estas dos porquerías...

Paco Hombre, tanto como porquerías...

Ang. No defiendas a esta carraca y a este molinillo.

Paco ¡No las defiendo; siga usté!

Ang. Pues por las dos cosas... tres pesetas.

Paco ¡Alárguese usté a los catorce reales!

Ang. No me alargo.

Paco ¡Por lo menos tres veinticinco!

Ang. He dicho que no. (Paco pega otro pellizco a Paquita y ésta vuelve a bostezar.) ¡Pobrecita! Bueno; pero por última vez...

Paco (Yendo a abrazarle.) ¡Ah, gracias, gracias!

Ang. (Deteniéndole.) Pero conste que este dinero es de mi bolsillo particular. (Dándole el dinero.)

Paco (Con los ojos arrasados en lágrimas.) ¡Adiós, don Angelito! Déjeme usté que le dé un beso ¡Un beso de padre! (Le da el beso.) ¡Por mis hijos! (Le da otro beso.)

Ang. (Intentando desprenderse de los brazos de su amigo.) Basta, basta ya.

Paco Por mis siete hijos. (Le da siete besos. Al separarse de Angel, éste tiene el traje lleno de yeso.)

Ang. Gracias a Dios. (Sacudiéndose.)

Paco (A Paquita.) Hija mía, da un beso muy fuerte a este señor, que es tu segundo padre. (La niña vá a besarle.)

Ang. ¡No tanto!

Paco ¡Sí, señor, su segundo padre; así como suena!

Ang. (Reparando en lo sucia que está la niña.) ¡Bueno, pues suénala tú antes! (Paco limpia a Paquita y ésta besa a don Angelito.)

Paco Esta acción no la olvidaré nunca. Guardaré el recuerdo de este día, aquí dentro, en el pecho. (Se da un puñetazo y levanta una nube de polvo.) Porque yo soy agradecido (Otro puñetazo y otra nube.) y la gratitud vivirá aquí, (Puñetazo y nube.) aquí, (Idem.) aquí. (Idem.) ¡Qué corazón tiene usté! (Vase por el foro pegándose puñetazos y Angel quitando el polvo con el pañuelo.)

Ang. ¡Troncho con mi corazón! ¡Retroncho con el amigo! ¡Eso no es un albañil, eso es un derribo! ¡Como me ha puesto de yeso! ¡Sí que me ha echado... a perder la liquidación del día! Tres veinticinco fuera del bolsillo. ¡Y que por lo visto lo de mi buen corazón ya lo sabe todo el barrio, porque cada día tengo más parroquianos de estos! (Contemplando la pistola y el reloj.) Sí que has hecho una adquisición, Angelito. (Se guarda los dos objetos.)

(Aparece SALUD por el foro: es una mujer de unos treinta años. Viste de oscuro y lleva mantilla; todo su traje es de sencilla elegancia. Es la mujer del dueño de la casa de préstamos.)

Salud (Después de mirar a todas partes.) ¿Está usté solo?

Ang. Toda la mañana.

Salud ¿Y mi marido?

Ang. ¡Ahí dentro: entre pagarés y papeletas?

Salud ¡Qué horror! Cada día me acostumbro menos a ver constantemente tristezas y miserias. En esta casa se cobra a las lágrimas del prójimo el tanto por ciento.

Ang. ¡El dieciocho! ¡Dímelo tú a mí! Yo tampoco sirvo para esto; lo aguanto por estar a tu lado!...

Salud Y ya sabe usted que yo se lo agradezco... Y ¿qué hay de lo otro?

Ang. Pues hay... (Después de vacilar.) ¡No hay nada!

Salud ¡Usté me engaña!

Ang. ¡No te engaño, Salud!

Salud Sí, me engaña usted; lo de mi marido era cierto...

Ang. Que yo no sé...

Salud Mentira: mi marido tiene un lío.

Ang. Un fardo: porque a eso ya no se le puede llamar lío.

Salud (Echándose a llorar.) ¡Luego era cierto!

Ang. Quería ocultártelo; pero éste (Por el corazón.) no me deja. No puedo ver que te estén engañando. Yo no me olvido nunca de que eres sobrina segunda mía y de que te debo mi posición. Tu marido tiene... Pero si sigues llorando, cierro el pico y no digo esta boca es mía.

Salud (Haciendo un esfuerzo y serenándose un poco) Hable usted, don Angelito; me tragaré las lágrimas; pero lo quiero saber todo, todo, todo. ¿De manera que Mauricio...?

Ang. Mauricio tiene un apaño en el Salón Guateque.

Salud ¡Infame!

Ang. Le habla a la Ideal Fipí.

Salud ¡Ah! ¡Le habla!...

Ang. Le habla y le acciona a una cupletista que en su casa se llama Pilar Sánchez y en el teatro la Ideal Pipí.

Salud ¿Y será muy guapa?

Ang. Eso, sí; como guapa, lo es un rato bastante largo; ¿pero como indecente? Yo no he visto en mi vida una tía más desahogada. Ayer

estuve a verla: ¡yo en un salón verde! Bien sabe Dios que sólo lo hice por ti. Primero canta flamenco en una sección, y luego en la especial, a cinco reales butaca, sale muy requetebién vestida y empieza a rascarse un tobillo, y luego una paletilla y después una cadera, y por fin le dice al público que tiene una pulga en la camisa y que la pica aquí... y aquí... y aquí... y... en todas partes donde puede picar un animalito de esos... y de pronto se encara con el público y le dice con un mirar muy sicalíptico: ¿Quién me quiere rascar?

Salud ¿Y usted...?

Ang. No; yo no la rasqué.

Salud ¿Digo que si la ha visto usté con mi marido?

Ang. Yo... (Vacilando.)

Salud No me oculte usted nada.

Ang. Pues sí, les he visto.

Salud ¿Cuándo?

Ang. Anoche mismo, sin ir más lejos.

Salud ¿Y en dónde?

Ang. En el Colonial.

Salud ¿Y qué hacían?

Ang. Comer. El llamó al camarero y pidió dos bocadillos con jamón en dulce, y la dió a ella uno y él se comió otro, y después, muy disimuladamente la dió otro bocadillo; pero no con jamón, sino con los dientes, y se lo dió aquí, en esto que nos cuelga de las orejitas. Yo les estuve mirando por el cristal de la ventana hasta que un gracioso de una mesa me sacó la lengua y me enseñó media tostada de abajo. Entonces comprendí que estaba haciendo el ridículo con la nariz espachurrada contra el vidrio y me vine para casa con el corazón encogido, pensando en la infamia que están haciendo contigo y con el infeliz marido de la Ideal Pipí.

Salud ¿Pero ella es casada?

Ang. Sí.

Salud ¿Y el marido, dónde estaba?

Ang. En la higuera probablemente.

Salud Yo no puedo aguantar esto; yo no merezco esta conducta indigna: todo, todo lo sopor-

taría menos el verme pospuesta a una mujerzuela cualquiera, a una...

Ang. A una tía que se busca una pulga todas las noches, no te digo más.

Salud Y prefiero irme del lado de Mauricio. Mucho le quiero; pero mi amor propio es aún mayor que el cariño y me iré, sí, me iré...

Ang. Y yo contigo: el pan que me da tu marido me amarga la boca.

Salud Sí, me separaré; pero para siempre. Todo menos soportar esta humillación constante...

Ang. Y además, que esa mujer acabará por tragarse toda la Casa de Préstamos: en mes y medio han desaparecido los pendientes de orlas de brillantes que vencieron por Todos los Santos; una pulsera con un zafiro así de gordo; una lanzadera de diamantes y un ladrillo de rubíes; un bolso de plata; un pandantif de oro bajo; media docena de medias de seda y un paraguas de puño de cuerno y tela de seda y algodón mezclilla, que yo tenía valuado en siete cincuenta. ¡Un derroche; un verdadero derroche!

Salud No, no; no puedo tolerarlo: le hablaré y me marcharé lejos, muy lejos, a llorar mi desgracia... Sí, don Angelito; porque yo soy muy desgraciada. (Vase llorando por la izquierda.)

Ang. (Mirando hacia el sitio por donde salió Salud.) ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! Ah, pero esto lo arreglaré yo. Esta misma noche hablaré a la otra víctima: al marido de la Pipí. Con una sola palabra arreglaré dos casas y cuatro cónyuges. ¡Vaya si lo arreglaré! (Pega un puñetazo en el mostrador al tiempo que se abre la puerta del foro y aparece EL QUE PIGNORA.)

Música

(Entra EL QUE PIGNORA. Éste es un muchacho elegantemente vestido. Usa sombrero Frégoli, muy nuevo; gabán de irreprochable corte, pantalón de género inglés; zapatos de charol y bastón con puño de plata. Entra y se dirige a Angelito y le dice (todo por señas) que si le toma el gabán. Le dice que sí. Se lo quita y se queda con una americanilla muy raída; después le indica el sombrero, que también lo acepta Angel, después

de examinado. El sombrero pasa al mostrador a hacer compañía al gabán. El que pignora, saca una gorrilla del bolsillo y se la pone. En seguida planta un pie encima del mostrador; Angel también toma los zapatos. Se los quita el joven y se pone unas zapatillas, que saca de otro bolsillo. A continuación, enseña los pantalones indicando que son de género superior, a lo que asiente Angelito. En vista de que tambien los toman, se los quita, entre el asombro del dependiente, y ¡oh, sorpresa! lleva otros debajo de color claro y a ser posible a cuadros, sin ser ridículos. Una vez transformado, dice que cuánto le dan por todas las prendas; Angel le dice que pida y, en efecto, pide diez (con los diez dedos), Angel le dice que dos, y así, uno subiendo y otro bajando, quedan en seis. El que pignora se conforma, y mientras Angel extiende la papeleta, enciende un cigarro. Al fin le da la papeleta y el dinero, peseta a peseta, y el que pignora se dirige hacia la puerta; pero al llegar se acuerda de que se lleva el bastón y vuelve para ofrecerlo; pero éste no le gusta a Angel y no lo toma. Entonces el que pignora se lo regala, con un gesto de grandeza, y se va silbando por el foro, completamente otro del que entró. (Cesa la música.) Angelito empieza a doblar cuidadosamente la ropa recién empeñada, al tiempo que entra en escena, por la izquierda, DON MAURICIO. Este es un hombre joven, de treinta y ocho años próximamente. Usa bigote y tiene cara de pocos amigos. Viste con cierta distinción.)

Hablado

Maur. ¿Qué ropa es esa?

Ang. (Que está de espaldas a la puerta por donde salió don Mauricio, da un salto.) ¡Ay! Qué susto me ha dado usted.

Maur. ¿Qué ropa es esa, he dicho?

Ang. Pues un gabán, un pantalón, un sombrero y unos zapatos de charol que acaban de empeñar en este mismo momento.

Maur. ¿Cómo?

Ang. ¿Como que cómo?

Maur. (Con brusquedad.) ¿Sueltas?

Ang. No, señor; en lote.

Maur. A ver. (Las examina con detenimiento.)

Ang. Están en muy buen estado.

Maur. (Con muy malos modos.) Ya lo estoy viendo, ¿o cree usted que soy ciego?

Ang. Usted perdone.

Maur. ¡No hay de qué! ¿Cuánto ha dado usted por todo esto?

Ang. Seis duros.

Maur. (Con voz muy destemplada.) ¿Pero usted es tonto?

Ang. ¿Yo?...

Maur. Si no, no se comprende dar por esto seis duros... Esto no vale arriba de doscientas pesetas... Con cuatro duros estaba muy bien pagado.

Ang. Yo no sabía...

Maur. Ladrar es lo que usted no sabe. Se ha creído usted que porque es pariente de mi mujer va a tener atribuciones para disponer de mi bolsillo...

Ang. Yo...

Maur. Y a propósito de mi mujer...

Ang. (¡Adiós!)

Maur. Me parece que hay en esta casa, y no está lejos de mí en este momento, cierta persona, que olvidándose de que es un hombre se dedica a traer y a llevar chismes y cuentos, a espiar mis actos, a seguir mis pasos y a meterse en mi vida particular, cosa impropia de quien se viste por los piés.

Ang. (Disculpándose.) ¡Mauricio!...

Maur. Y como yo me entere de quién es...

Ang. (En el mismo tono en que le habla don Mauricio.) ¡Que me va usted a meter un dedo en un ojo!

Maur. Como yo me entere de quién es, se va a acordar del santo de mi nombre. A nadie le toleraré que se meta donde no le llaman, y ese hombre, de apodo, que hace esos papeles, merece ir con falda de barros, refajo de crochet, mantón y pañuelito a la cabeza.

Ang. Mauricio, me ofende la suposición de usted.

Maur. No se le olvide: pañuelito a la cabeza y refajo de crochet.

Ang. Pero si yo no...

Maur. Refajito de crochet y pañuelito a la cabeza. (Vase por la derecha.)

Ang. (Viendo marchar a su principal.) ¡Bígamo! ¡Bígamo! ¡Más que bígamo! ¿No quiere usted a

Salud y la cambia por la Pipí? Pues vivirá usted siempre con Salud, con esta Salud, pues la otra se la va a quitar a usted el marido de la cupletista de un garrotazo. Por estas.

(Suena el timbre de la puerta y aparece DOÑA CASIMIRA PÉREZ, viuda de Peláez. Es esta una señora que viste de luto riguroso; lleva manto hasta los piés. Habla con énfasis y dando gran importancia a cuanto dice. Trae en la mano un lío de ropa, envuelto en un pañuelo negro.)

Cas. Muy buenos días tenga usted.

Ang. Muy buenos.

Cas. (Sacando del bolsillo una tarjeta de luto y entregándosela a don Angel.) Tome usted.

Ang. (Leyendo.) «Casimira Pérez, viuda de Peláez »

Cas. Sí, caballero prestamista: viuda recientísima: mi pañuelo aún está húmedo de mi llanto; aún chorrea las lágrimas de la viudez.

Ang. Pues usted dirá lo que se la ofrece.

Cas. Me trae la desgracia, me arrastra el infortunio, me acompaña la desdicha, me impele la necesidad. Peláez era un empleado modelo; un modesto empleado, un funcionario pobre; pobre, pero probo. Ya me entiende usted.

Ang. Sí, señora; probe, pero pobro, es decir, probro, pero pro... pre... Siga usted, que me he hecho un lío.

Cas. Siempre vivió de su sueldo; pero de su sueldo pelado, pelado al rape. Nada de manos sucias, moralmente se entiende; materialmente podría tener al churrete uno que otro, pero moral, una patena, una verdadera patena. (Con entonación trágica.) ¡Pobre Peláez!

Ang. Bueno, pues usted dirá...

Cas. Sólo traía a casa, además del sueldo, muy de tarde en tarde, alguno que otro bloque de cuartillas que le daban en la oficina, lapiceros de dos colores, una puntita azul y la otra puntita colorada, plumas de coronilla pa mí y de pico de ganso para él. Era un santo. ¡Pobre Peláez!

Ang. Me parece muy bien la historia del pobre Peláez, pero tenga usted la bondad de decirme lo que se la ofrece.

Cas. (Poniendo el lío encima del mostrador.) Aquí le traigo a usted su ropa.

Ang. ¿La del pobre Peláez?

Cas. Sí, señor: la suya. Prendas de las que no hubiera querido desprenderme nunca. Cada objeto de su uso que pignoro, es un ala que me arrancan del corazón. ¡Cómo cuidaba la ropa! ¡Con qué esmero la cepillaba! ¡Con qué mimo daba bencina o gasógeno o greda en las manchas! ¡Pobre Peláez! (Saca del lío un pantalón, que es un verdadero pingo, todo lleno de flecos y con algún agujerito que otro.) ¡Tome usted! (Le entrega la prenda después de besarla con profundo respeto.) ¡Qué cuidadoso era!

Ang. (Cogiendo los calzones como con pinzas y mirándolos al trasluz.) Es verdad, en mi vida he visto unos zorros mejor cuidados. ¡Pobre Peláez, qué ventilados debía tener los muslitos!

Cas. Pues, ¿y el chaleco? (Saca dicha prenda, que es digna compañera del pantalón.)

Ang. (Cogiendo el chaleco con la misma precaución que antes.) Oiga usted, señora, y sin que esto sea ofender la memoria del pobre Peláez. ¿Eso son pintitas o manchitas?

Cas. ¡Según! Esta es una manchita, ésta una pintita, ésta es manchita también, esta otra pintita...

Ang. ¡Ah, vamos, alternan: pintita, sí; manchita, no!

Cas. Y aquí su levita, la prenda de rigurosa etiqueta. La que se ponía de Pascuas a Ramos. ¡Pobre Peláez! (Saca la levita que es un respetable guiñapo, comido por la polilla.) ¿Cuánto me da usted por todo?

Ang. Señora, la verdad; las prendas de lujo no tienen salida. La polilla no respeta nada, podría agujerearla (Sacando una mano por un roto de la levita.) y ya ve usted qué disgusto.

Cas. ¡Ofrézcame usted algo!

Ang. No puedo, señora.

Cas. Por caridad. He venido a esta casa porque ya es proverbial su buen corazón: en todas partes se hacen lenguas de usted.

Ang. Pues maldita la gracia que me hace.

Cas. Todo el mundo me decía: vaya usted a la casa de préstamos de la esquina, pero no

cuando esté el dueño, sino cuando esté su pariente, don Angelito Tierno. Por eso he venido ahora, porque hace un momento me dijeron: vaya usted ahora que está el primo ese..

Ang. No, tío político.

Cas. No, si lo de primo... ¡Es verdad, he confundido el parentesco!

Ang. Pues bien, señora, yo lo siento mucho; muchísimo.. pero no puedo darla a usted ni un perro chico. Esta ropa se usa muy poco. (Devolviéndola el traje de Peláez.) Ya ve usted lo que son las cosas, nos conviene mucho más la ropa interior.

Cas. Ah, me ha hecho usted feliz, voy en un vuelo a casa y le traigo tres trajes completos; camiseta y calzoncillos, de los que usaba mi difunto. Son de riguroso invierno, de esos que tienen pelito por dentro.

Ang. No, mire usted que...

Cas. Vengo en seguida, vivo aquí cerca: y de paso traeré una pitillera filipina, una relojera que figura una babucha, un baston de Carey sanguíneo y un sombrero de Panamá.

Ang. Aquí no tomamos sombreros, señora.

Cas. Es de jipi.

Ang. ¡Aunque sea de japa!

Cas. ¡Ay, caballero! En usted confía esta humilde, humildísima pensionista de clases pasivas. Mi viudedad es exigua, risible... Y si usted no se apiada de mi infortunio moriré víctima de la más trágica de las enfermedades: de la *inaninación*. ¡Voy por los calzoncillos! ¡Beso a usted la mano! (Vase por el foro.)

Ang. ¡Señora! ¡Señora! (Yendo hacia la puerta y volviendo con cara pensativa.) ¡Quiá, si volverá! ¡Y me convencerá! ¡Y me enternecerá! Y de hoy en adelante dejaré el reloj en la relojera de Peláez, y meteré los pitillos en la petaca de Peláez, y me pondré la camiseta de Peláez y usaré calzoncillos de pelito por dentro... ¡Y todo por qué! ¡Pues por lo de siempre! ¡Por éste! (Por el corazón.)

(En este momento aparecen por la puerta del foro GUTIERREZ, GOMEZ, LOPEZ y FERNÁNDEZ. Los cuatro tienen más de cincuenta años (cada uno). En

sus caras está retratada el hambre Llevan capa y visten con modestia, es decir con pobreza.)

Gut. Buenos días.
Gómez Buenos días.
López Buenos días.
Fern. Buenos días.
Ang. Muy buenos. Ustedes dirán lo que desean.
Gut. Venimos a pignorar.
Ang ¿Qué?
Gut. ¡Nuestra juventud!
Gómez ¡Nuestro pasado!
López ¡Nuestra historia artística!
Fern. ¡Nuestro porvenir!
Ang. Aquí no tomamos esas cosas.
Gut. Caballero: somos cuatro músicos, pero múticos de instrumentos de aire; no hay entre nosotros ningún despreciable rascatripas; nosotros tocamos a fuerza de energías, de pulmones: Yo soplo.
López ¡Y yo soplo!
Fern. ¡Y yo soplo también!
Gómez ¡Y también soplo yo!
Ang. Ah, vamos, son ustés cuatro... murguistas.
Gómez ¡Esa es la palabra.
Gut. Nosotros hemos alegrado a dos generaciones de madrileños. No ha habido tienda que no se haya abierto al son de nuestros instrumentos; todos los niños que han nacido en estos últimos cuarenta años han sido trompeteados por nosotros, y en todas las bodas populares se ha bailado al son alegre de nuestras polkas, mazurcas, chotis o habaneras.
Ang. En resumidas cuentas: ¿ustedes qué es lo que quieren?
López No morirnos de hambre.
Gut. Nos vencen los organillos, esa despreciable música en conserva, y nos arrojan los músicos tristes de violines y violón. Por eso venimos a empeñar nuestras armas de combate. ¡Adiós, históricos y clásicos murguistas! ¡Ya no os volverán a oir en las calles, plazas, plazuelas y afueras que tiene Madrid!
Ang. Pero, ¿traen ustedes lo que quieren empeñar, sí o no?
Gut. (Dirigiéndose a sus compañeros.) ¿Que si los traemos?...

Música

Los cuatro Debajo de la capa,
que todo lo tapa...
López ¡Traigo este trombón!
(Lo saca de debajo de la capa.)
Fern. ¡Y yo este flautín! (Idem.)
Gómez ¡Y yo este fagot! (Idem.)
Gut. ¡Y yo el cornetín! (Idem)
Los cuatro ¡De pistón!

(Empiezan a tocar, al principio piano. Lo hacen con entusiasmo religioso, pero poco a poco se entusiasman y aprietan y tocan «con toda su fuerza»; don Angelito, todo apurado, va cerrando puertas para que no les oigan.)

Ang. (A los músicos.)
¡Por Dios, no apreteis,
que con esa polka
me comprometeis!
¡Cómo hableis soplao!
Con soplar tan fuerte,
me habeis fastidiao.

(Al ver que no cesa la música, se dirige murguista a murguista, suplicándoles que se callen.)

¡Ese trombón!
¡Ese flautín!
¡Ese fagot!
¡El cornetín!

(Vuelven a tocar muy piano, pero su entusiasmo crece y cada vez soplan más)

Gut. ¡Es de Chopín!
Gómez ¡Qué inspiración!
López ¡No tiene fin!
Fern. ¡Qué afinación!

(Mientras tanto, don Angelito va de un lado para otro, cerrando puertas y echando a los chicos que se han colado en la tienda y se han puesto a bailar. Por el cristal del escaparate se ve a algunos curiosos que oyen la música. Otros bailan; el cuadro debe resultar muy alegre. Los cuatro murguistas se dirigen solemnemente hacia el mostrador, en donde está Angel, y le entregan los instrumentos por el orden que los nombran.)

López ¡El trombón!
(Dejándolo en el mostrador.)

Fern. ¡El flautín! (Idem.)
Gómez ¡El fagot! (Idem.)
Gut. ¡El cornetín!
(Lo deja como sus compañeros y quedan en actitud de tristeza. Cesa la música. Los curiosos se van.)

Hablado

Ang. ¡Gracias a Dios!
Gut. ¡Era la despedida!
López ¡El último adiós!
Ang. Pues les advierto a ustedes que no estoy para músicas. ¿Qué quieren ustedes por todo esto?
Fern. Usted ofrecerá.
Gut. ¡Qué menos que diez duros!
Gómez Y es regalado.
Fern. Una ganga.
López ¡Un momio!
Ang. Si quieren diez pesetas por todo, hago la papeleta, y si no, váyanse con la música a otra parte.
Fern. ¡Dos duros!
López ¡Cuarenta reales!
Gómez ¡El metal vale más!
Gut. ¡Qué menos que treinta pesetas!
Ang. Dos duros, ni un céntimo más.
López ¡Por Dios! (Suplicante.)
Fern. ¡Por la Virgen! (Idem.)
Gómez ¡Por Todos los Santos!
Ang. No doy más.
(Se oye el rum-rum de gente que se acerca y en seguida una voz que grita: ¡Vivan los novios!, y varias que contestan: ¡Vivan! ¡Viva el padrino! ¡Viva!)
Los cuatro (Prestando atención.) ¡Una boda! (Con cara de alegría.)
Gut. (Coge su cornetín y sus compañeros se apoderan del trombón, flautín y fagot.) ¡Aun hay quien se casa! (A Angel.) Vaya usted extendiendo la papeleta, que volvemos en seguida (A sus compañeros) ¡A una!
(Tocan la polka anterior y al compás de su música se van por el foro al tiempo que pasa la boda, que es de la clase popular, y que va por la calle con gran algazara y entre estentóreos vivas a los novios y a los padrinos.)

Ang. (Viendo salir a los murguistas.) ¡Vayan ustedes con Dios!... ¡Hasta la vista!

(Oyese la voz de Salud, que riñe.)

Salud (Dentro.) He dicho que no, que no y que no. No vivo en esta casa ni un minuto más.

Ang. ¿Eh? ¿Qué voces son esas? (Prestando atención.)

Maur. (Dentro.) ¡Salud, mira lo que haces!

Salud (Entrando en escena por la derecha.) Don Angelito, acompáñeme usted.

Ang. ¿Pero?...

Salud Acompáñeme usted.

Ang. En seguida. (Se quita el gorro y los manguitos y se pone un sombrero y una bufanda.)

Salud Me voy de aquí para siempre. (Llorando.)

Ang. ¿Lo has pensado bien?

Salud ¡Bien pensado está!

Maur. (Saliendo.) Tú no sales de aquí sola.

Salud ¡Me acompaña mi tío! Una persona respetable.

Ang. Respetabilísima.

Maur. No puedes salir de esta casa sin el consentimiento de tu esposo.

Salud Mi esposo... el amante de una cualquiera...

Ang. ¡De una pelindrusca!

Maur. Cállese usted o le meto una silla en la cabeza. (Cogiendo una silla.)

Ang. (Retrocediendo prudentemente.) ¡Qué bruto!

Salud (A Mauricio.) Sí, me voy: no quiero ser nunca plato de segunda mesa.

Maur. ¡No me pongas en el disparadero! ¡No agotes mi paciencia! (Dirigiéndose hacia ella, fuera de sí.)

Salud ¡Eso; levántame la mano, pégame!... ¡Es lo que me faltaba!

Maur. (Cada vez más excitado.) ¡Salud!

Salud ¡Pero aun tengo yo quien me defienda!

Maur. ¿Quién?

(Angel, que se ha metido la mano en el bolsillo, tropieza con la pistola que adquirió en la primera escena y da un grito de alegría.)

Ang. ¡Ah! ¡Yo la defenderé! (Cogiendo a Salud por un brazo y trayéndola a su lado.) ¡Ven por ella! (Saca la pistola y apunta a Mauricio, que retrocede asustado.)

Salud ¡Por Dios! (A Angel.)

Ang. (A Salud.) ¡No tengas cuidado!

Maur. (Sin atreverse a acercarse.) ¡Cobarde!
Ang. No se acerque usted, que hago ¡pum!.
Salud ¡Me voy! ¡Ya tengo quien me ampare!
Maur. (A Angel.) ¡Tenía usted un arma!
Ang. Pistola belga, rayada, dos cañones, gran alcance.
Maur. ¡Don Angel! (Queriendo ir hacia él.)
Ang. (Sin dejar de apuntarle.) ¿Qué?
Maur. ¡Cuánto daría yo por otra pistola!...
Ang. ¡Trece reales he dado yo por ésta! Tres veinticinco. ¡Una ganga!
Salud ¡Vámonos, vámonos! (Queriendo llevarse a don Angelito.)
Ang. Sí, con tu tío, y ese con esa tía, con la de la pulguita.
Maur. ¡Don Angel! (Se dirige furioso a don Angel; pero éste le hace retroceder.)
Ang. ¡Quieto, esposo adulterado!
Salud ¡Vámonos!
Ang. ¡Sí, vámonos!

(Al tiempo de salir, entra en escena DOÑA CASIMIRA, que lanza un grito de terror al ver una pistola y corre a refugiarse detrás de Mauricio.)

Cas. ¡Ay! ¡que me apunta!
Maur. (A Angel.) Dispare usted, cobarde.
Cas. ¡No, que no dispare!
Salud Vámonos.
Ang. ¿Quiere usted que dispare?
Cas. ¡No!
Maur. ¡Sí! ¡Tire usted si es valiente!
Ang. ¿Que si lo soy?... (Se mete la mano en el bolsillo, saca el reloj, apunta con la pistola, hace ¡Pum! con la boca y tira el reloj, que cae a los pies de doña Casimira.)
Cas. ¡Me ha perforado un pie! (Cae desmayada en brazos de Mauricio. Cuadro. Telón rapidísimo.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Saloncillo en el Salón Guateque. Es este saloncillo, un cuarto coquetón, muy alegre y pintado de tonos muy claros. En las paredes hay caricaturas a todo color, reproduciendo cupletistas, bailarinas, tonadilleras, excéntricos, etc. Bailes nacionales y extranjeros y algunos carteles, artísticos, anunciando estrellas de varietés. Hay una puerta al foro y otras a derecha e izquierda. A la izquierda, y en primer término, un diván. Sillas volantes, todas de buen gusto. En el foro izquierda una percha de pie con varias capas, gabanes y sombreros.

—

(Al alzarse el telón están en escena la IDEAL PIPÍ, el NIÑO DE LAS ALEGRÍAS, MANOLO EL DEDITOS y el NEGRO PAQUITO. La primera está vestida con un traje de capricho, lo más elegante posible: es una mezcla del andaluz popular y del de cupletista. Está sentada y cantando a media voz, al lado de Manolo el Deditos, que la acompaña con la guitarra. Ambos están en el extremo izquierda del escenario. En el lado contrario, el Niño de las Alegrías, que es un cantaor flamenco, que, por reciente desgracia de familia, viste de luto rigurosísimo. Está sentado en una silla, con la cara más triste que pueda poner; de vez en cuando se limpia una lágrima. En el centro de la escena, el Negro Paquito ensaya, con todo entusiasmo los pasos finales de una danza. Viste este personaje con levita de hilo blanco, pantalón del mismo color y sombrero de copa igual. La cara la lleva pintada de negro. TANIS está sentado en una silla fumando un cigarrillo.)

Pipí (A media voz.)
Unos matan con navaja;
con pistola matan otros;
para matarte yo a ti
me bastaron estos ojos.

Man. ¡Eso es cantar! ¡Niña, eso es cantar!

Niño (Cantando entre dientes.)
¡Con la penita que tengo
cómo voy a cantar yo
si todo lo veo negro!

Paq. (Al tiempo de hacer la pirueta final.) ¡Chan! ¡Chacachan! ¡Chan! ¡Chan!

(Suena un timbre.)

Pipí (Al negro Paquito.) Tú, Paquito; que ese timbre es para ti!

Paq. Vamos a la obligación. ¡Hasta luego! (Vase por la izquierda.)

Pipí (A Tanis.) Tanis.

Tanis ¿Qué quieres, Pilar?

Pipí ¿Pero cuándo vas a decir al camarero que me traiga la cena?

Tanis Ahora voy, mujer, ahora voy. (Vase por la derecha.)

Man. (A Pipí.) ¡Da gusto ver lo trabajador que está!

Pipí Y que no hay modo de quitármelo de al lao en tóo el santo día.

Man. Si hay hasta quien le toma por tu marido.

Pipí Ya lo sé...

Man. ¿Y por qué le aguantas, no siendo, ni tu novio, ni na?...

Pipí Por lástima: empezamos juntos en duetto, yo luego seguí sola y él quedó para arreglar contratos, facturar baules, acompañarme al teatro...

Man. Pues hasta hay quien cree... y él deja que se lo crean...

Pipí Peor para él... Vamos a pasar eso ..

Man. Cuando quieras. (Dirigiéndose al Niño.) ¿Quieres venir, alma mía?

Pipí ¡Si no vamos a ensayar, me voy!...

Niño ¡Ay! Tengo yo tan poquitas ganar de cantar...

Man. Pues no hay más remedio; al público le tién sin cuidao las penas de los que salen a divertirle.

Niño Empiece usted, que haré un esfuerzo y me beberé las lágrimas.

Man. ¿Alegrías?

Niño ¡Lo que usted quiera!

Pipí Venga de ahí.

(Se coloca Manolo en el centro de la escena, y empieza a rasguear; a derecha e izquierda Pipí y el Niño de las Alegrías: la primera con la cara más alegre que unas castañuelas; el segundo con la cara más triste que un piporro.)

Música

Man. (Hablado, al Niño.) ¡Vamos a ver lo bueno!

Pipí Ahí los hombres.

Niño (Cantando.)

Toca, campanero;
toca tus campanas,
que me se ha muerto mi maresita
anteayer lunes por la mañana.
¡Qué pena tan honda!
¡Más me hubiá valido
que me hubiá yo muerto;
pero no he podido!
¡Dobla, campanero,
y güerve a doblar
hasta que te canses
de tanto tocar.

(Durante el número se ha jaleado alguna vez que otra, siempre con una tristeza que parte el alma, y se ha limpiado las lágrimas que le arrancan estas alegrías.)

Pipí

Repica, campanero;
repica tus campanas,
que al hombre a quien quiero
esta misma noche
le verán las rosas que hay en mi ventana.
Y el ladrón me ha dicho
que las va a besar.
¿Besará las rejas?
¿Besará las rosas?
¿o qué besará?
Que venga y que bese...
¿Qué será? ¿Qué será? ¿Qué será?
Toca, campanero,
vuelve a repicar,
hasta que te canses
de tanto tocar.

(Se baila unos pasitos de zapateado, acompañado del Niño, que por un momento olvida su tristeza. Al acabar el número, Pipí se sienta más alegre que nunca, y lo mismo hace el Niño, más triste que antes.)

Hablado

Man. ¡Ay, mi madre, lo que valen estos dos niños!

Pipí Gracias, Deditos.

(Suena un timbre.)

Man. Eso es pa nosotros.

Pipí Pues a escena. (Vase por la izquierda.)

Niño ¡Ay!
Lloro por dentro y por fuera:
no extrañes que llore mucho,
es que tengo el corazón
lo mismo que un higo chumbo!

(Vase más triste que nunca.)

(Hace su entrada por el foro DON ANGELITO: viene muy elegante, con sombrerito hongo y capita. Al entrar se queda embobado mirando a todas partes.)

Ang. (Figurando que habla con una persona que está en el pasillo.) Bueno, muchas gracias.

(En este momento sale por la izquierda el negro PAQUITO, que ya hizo su número.)

Paq. (Saludando al pasar a don Angelito.) Buenas tardes. (Se dirige hacia la puerta de la derecha.)

Ang. (Deteniéndole.) Oiga usted, señor excéntrico, y usted perdone.

Paq. Usted dirá.

Ang. ¿Sabe usted si anda por ahí don Estanislao Maldonao?

Paq. ¿Estanislao?... ¿Maldonao?...

Ang. Sí, el casao con la Ideal Pipí.

Paq. ¡Ah, vamos; usted pregunta por Tanis! Aquí todos le llamamos Tanis; Tanis nada más.

Ang. ¡Es que como yo no tengo confianza con Tanis!...

Paq. La tendrá usted en seguida... ¡Es más buenazo!... No tiene nada suyo.

Ang. Eso voy viendo.

Paq. ¿Le quería usted hablar?

Ang. Sí.

Paq. Pues abajo está; en el cuarto de la Amatista.

Ang. Si usted fuera tan amable que quisiera llamarle...

Paq. Con mucho gusto. (Va hacia la puerta de la izquierda.)

Ang. (Deteniéndole.) Oiga usted, negro... y no es piropo. ¿Sabe usted si viene por aquí, a estas horas, un tal don Mauricio, un señor de bigote rubio, que tiene casa de préstamos y que...

Paq. Ah, vamos, ya... (Guiñando el ojo con malicia.) Usted pregunta por el... (Nuevo guiño.) ¿Ese que?...

Ang. Sí, ese precisamente. (Haciendo el mismo guiño que el negro.) El...

Paq. No, ese no viene más que por la noche. ¿Aviso a Tanis?

Ang. Sí, haga usted el favor.

Paq. (Desde la puerta de la izquierda.) ¡García! ¡García! Di a don Tanis que haga el favor de subir, que le busca un caballero. (Volviendo a donde está Angel.) Ya está usted servido. ¿Manda usted algo más?

Ang. Nada más que darle a usted las gracias.

Paq. No hay de qué. Adiós. (Vase por la derecha.)

Ang. ¡Que usted se lave bien! Es muy simpático este negrito... Y recién fregado debe tener unas facciones muy agradables... ¡Qué calor hace aquí! (Dejando la capa y el sombrero en la percha, al lado de otra capa y de otro sombrero.) ¡Cómo cargan la calefacción! Es claro, salen a escena casi, casi en pelotatis vivos. ¡Hombre una pelotati!

(Sale por la izquierda una CUPLETISTA, vestida con un traje de capricho, muy cortito. Al llegar al centro de la escena pone un piececito encima de una silla y se arregla una media, enseñándole a Angelito una preciosa pantorrilla.)

Coup. ¡Buenas noches!

Ang. (Sin dejar de mirar lo que se presenta ante su vista.) ¡Muy buenas!... ¡Y muy gorditas!

Coup. (Dirigiendo a don Angelito una mirada lo más voluptuosa posible.) Beso a usted la mano.

Ang. ¡Con muchísimo gusto! (Presentándole la mano.)

Coup. ¡Simpático! (Vase rápidamente por la derecha, no sin dirigir antes a don Angelito otra mirada incendiaria.)

Ang. A los piés de usted... A los piés de usted quisiera yo estar toda mi vida, preciosidad. ¡Qué mona es!... (Va a mirarla a la puerta de la derecha, donde se queda haciendo muecas y señas, como si hablase con la cupletista.)

(Por la derecha sale TANIS. Es un hombre de unos treinta años y con tipo achulado. Lleva bigote grande. Se dirige a don Angelito, que en aquel momento se debe estar despidiendo, porque hace un par de reverencias exageradísimas.)

Tanis (A Angelito.) Caballero.
Ang. (Volviéndose en plena reverencia.) ¿Eh?... ¡Ah!
Tanis ¿Era usted la persona que me buscaba?
Ang. ¿Es usted don Estanislao Maldonao?
Tanis Servidor de usted.
Ang. Tanto gusto en conocerle. Yo soy Angel Tierno.
Tanis Pues usted dirá lo que desea de mí.
Ang. Pues hacerle un favor inmenso.
Tanis Dígame lo que sea.
Ang. (Mirando hacia todas partes.) Es algo reservadísimo... Una revelación de gran importancia... Casi, casi un secreto de confesión.
Tanis ¡Caracoles!
Ang. Sí, señor; algo tiene de esos animalitos.
Tanis Pues siéntese usted y hablemos... Digo, a no ser que prefiera usted hacerlo en el camerino de Pipí.
Ang. (Rápidamente.) ¡No! Estamos aquí mejor. (Se sientan.) ¡Qué golpe le voy a dar a usted!
Tanis ¿A mí? (Retrocede asustado y lo propio hace Angelito.)
Ang. Es un golpe moral, de los que no se hinchan.
Tanis ¡Ah! ¿Pero quiere usted decirme de una vez de lo que se trata?
Ang. (Con energía.) De su señora de usted.
Tanis (Asustadísimo y levantándose rápidamente.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dice usted?... ¿La ha ocurrido algo?
Ang. A ella, precisamente, no. Tranquilícese usted.
Tanis (Sentándose,) ¡Qué susto me ha dado usted, amigo! ¡He roto a sudar! (Se limpia con la mano el sudor de la frente.)
Ang. ¡Por ahí, por ahí es!
Tanis Vaya, despache usted y no se ande con tanto rodeo.
Ang. Pero me va usted a dar su palabra de honor de arreglarlo amistosamente, no vaya usted ahora a echarlo por la tremenda y a coger un revólver y resulte, por yo hacer un favor, dé que hacer al Juez de guardia, a la Casa de Socorro y pueble un cementerio. ¡Palabra de honor!
Tanis (Con gran impaciencia,) ¡Palabra!

Ang. ¡Pues bien; usted tiene una señora que es una preciosidad!

Tanis Es favor.

Ang. Justicia seca... Y a su cuarto viene frecuentemente un caballero que se llama don Mauricio Antuñano.

Tanis (Levantándose.) ¿Eh?

Ang. Que es mi principal, y a la vez esposo de una sobrina segunda mía, por parte de madre...

Tanis (Interrumpiendo rápidamente.) Un momento.

Ang ¡Usted dirá!

Tanis Ese señor viene, efectivamente, a mi cuarto con alguna frecuencia.

Ang. Todas las noches.

Tanis (Bruscamente.) Cosa que a usted le tiene sin cuidado.

Ang. (Muy sorprendido.) ¿Eh?

Tanis Don Mauricio es amigo mío, y nada más que mío...

Ang. Es que...

Tanis A Pipí la admira como cupletista; la aplaude como divete y la saluda como amiga. ¿Que ella gasta bromas con don Mauricio? Son cosas de su carácter un tanto alocadillo. Pipí no tiene más que un defecto: el de ser un poco neurasténica, na más que neurasténica.

Ang. (Contando las letras de la palabra con los dedos.) ¡Ne... u... ras!... ¡Cuántas letras le sobran!..

Tanis Para concluir: dé usted consejos a quien se los pida, y no se meta usted en camisa de once varas, señor Suave...

Ang. ¡Tierno!

Tanis Lo mismo da. Y para otra vez sea usted menos tonto.

Ang. Eso de tonto...

Tanis ¡De capirote!

Ang. El capirote lo será usted. (Poniéndose muy serio.)

Tanis (Señalándole con un dedo en el chaleco.) ¡Le falta a usted un botón!

Ang. (Mirándose.) ¿Dónde?

Tanis ¡Primache! (Dándole un golpe con el dedo en la nariz y yéndose por el foro riendo y dirigiendo a Angelito una mirada despreciativa.)

Ang. (Tocándose la nariz.) Ya me había a mí dao en la nariz que este tío era un sinvergüenza! ¡Eso no es marido, eso es mesié Lechuga!... (En este momento aparece por la izquierda PIPÍ.) ¡Ella! (Envuelve a Pipí en una terrible mirada de severa indignación; ella se para sorprendida ante la trágica actitud de don Angelito.)

Pipí ¡Qué barbaridad qué ojos!

Ang. Parece mentira que una mujer tan bonita sea tan mala...

Pipí ¿Yo? (Riéndose.)

Ang. (Mirando las alhajas que enumera y que Pipí lleva puestas) ¡Claro, lo que yo me figuraba: los pendientitos, la pulserita, el ladrillito, la lanzaderita y el pandantifito!

Pipí ¿Pero qué dice usted, hombre de Dios?

Ang. Y me apuesto cualquier cosa a que también lleva usted puestas las medias.

Pipí ¿Qué medias son esas?...

Ang. Unas de seda con un filetito en la parte de arriba... y el paraguas de puño de cuerno lo llevará su marido, como si lo viera.

Pipí ¡Vaya, hijo, usted es tonto!

Ang. Un don Alfonso X el Sabio, no seré; pero tengo mi fosforito para comprender que está usted arrebatando la felicidad de un matrimonio.

Pipí Ande usted y que lo encierren. (Va a hacer mutis por la derecha.)

Ang. ¡Usted no sabe quién soy! (Deteniéndola.)

Pipi Ni ganas.

Ang. (Con gran secreto.) ¡Don Angel Tierno!

Pipí ¡Uy, qué apellido tan blanducho! (Riéndese.)

Ang. ¡Tío de don Mauricio Antuñano!

Pipi (Poniéndose seria de pronto.) ¿Eh?

Ang. ¡Tío político, es decir, por parte de su esposa; de su legítima esposa!

Pipí ¡Ah, vamos! ¿Y por qué no ha empezado usted por ahí? (Sentándose en una silla) Ya me interesa la conversación. Siga usted. (Adopta una postura un tanto descarada; cruza las piernas, dejando ver unos deditos de pantorrilla.)

Ang. (Inclinándose rápidamente como si la fuera a coger una pierna.) ¡Las medias!

Pipí (Ocultando rápidamente las piernas.) ¿Qué hace usted?

Ang. Esas medias eran de casa... ¿A que tienen un filetito negro?

Pipí (Levantándose.) ¡Vámos, hombre, quite usted!

Ang. ¡A ver el filetito! (Pipí vuelve a sentarse y lo mismo hace Angelito, pero a muy respetable distancia.) Así engaña usted a los hombres, con esas cosas.

Pipí ¡Con cuáles! (Mirando con zalamería y acercando un poquito la silla.)

Ang. (Por las pantorrillas.) ¡Con esas tan redonditas!

Pipí (Apoyándose ligerísimamente en el hombro de Angelito.) ¿De veras?

Ang. (Separándose bruscamente.) Sepárese usted, señora.

Pipí ¿Y... viene usted de parte de la señora de Antuñano?

Ang. ¡No, señora; vengo por mí y ante mí!

Pipí ¿De verdad? (Vuelve a apoyarse en don Angelito.)

Ang. (Separándose.) ¡Que no he comido para usted!...

Pipí ¿De modo que usted es Tierno?

Ang. Sí, señora; por parte de padre. (Se queda mirando fijamente a Pipí.)

Pipí ¿Por qué me mira usted tan fijamente? ¿Por qué me mira usted de ese modo?

Ang. Porque me parece increíble que con esa cara de ángel se pueda ser un demonio. ¿Qué le ha dado usted a mi sobrino para que así olvide sus deberes, para que desatienda sus obligaciones, para que abandone a su mujer? Mauricio era antes un marido ejemplar: comía con su mujer, cenaba con su mujer, dormía en su casa, y ahora ni come, ni cena, ni duerme. Usted y sólo usted es quien le ha vuelto del revés, como se vuelve un calcetín ¿De qué medio se habrá valido usted para trastornarle de esa manera? ¿De qué medios, Dios mío? Yo quisiera saberlo.

Pipí Ni le he dado ninguna bebida encantada, ni le tengo sujeto con una cadenita, ni le retengo a la fuerza, ni le obligo a que esté a mi lado. Si le trastorno, será con mis ojos; si le vuelvo loco, será con mis palabras, y si le atraigo será con mi labia. Porque ha de saber usted que aun está por la primera vez que yo mire a un hombre con estos ojillos y que no se los clave hasta el corazón, y que

aún no se ha dado el caso de que yo hable con esta boquita y que no entren mis palabras hasta los rinconcitos del alma. Son mucho estos ojos si los entorno... Es mucha está boquita si alargo el morrito. (Durante todo el párrafo ha estado haciendo mimos a Angelito.)

Ang. (Haciendo esfuerzos para conservar la severidad.) ¡Pipí, ni entorne, ni alargue, por favor!

Pipí ¿Por qué? (Cada vez más insinuante.)

Ang. Por aquello de: *Memento homo, que a pulvis eris, quod infernum reverteris.*

Pipí ¡Ay, tradúzcame usté eso tan raro!

Ang. No estoy para traducciones en este memento... momento.

Pipí Con que ya lo sabe usted: estos ojillos tienen imán que atraen. (Mirándole con insistencia.)

Ang. ¡Pipí!

Pipí ¿Verdad que hablan? (Más mimosa que nunca.)

Ang. Yo no los oigo... mejor dicho no quiero oirlos. (Separándose de Pipí y yendo a sentarse en el diván.)

Pipí (Sentándose a su lado y cada vez con más intención.) ¿Pero por qué no quiere usted escucharlos?

Ang. Porque he venido a pedir a usted que deje a Mauricio, y estoy viendo que lo que la voy a pedir es la pulga.

Pipí ¡Ay, qué gracia! (Riendose.)

Ang. ¡Yo que venía dispuesto a lanzar contra usted un anatema! Y sí, sí; el anatematizador que la anatematizare, buen anatematizador será...

Pipí Pero es que es usted graciosísimo.

Ang. (Sin acordarse del divino papel que representa.) Graciosísima usted... y bonitísima usted... y simpatiquísima usted... y requetepreciosísima usted... (MAURICIO ha entrado por el foro durante las últimas palabras y se ha sentado al otro extremo del diván, sin que lo advierta ANGELITO. Este queda entre PIPI y MAURICIO.)

Mau. ¡Y sinvergüencísima usted!

Ang. (Se vuelve y se queda aterrado al encontrarse al lado do Mauricio.) ¡Mauricio! (Intentando levantarse.)

Mau. (Le sienta violentamente. A Pipí.) ¿Y a qué ha venido este majadero?

Pipí A convencerme de que te debía dejar y... ya ves, no le falta más que ponerme piso.

Mau. Vamos, que ha hecho el ridículo...

Pipí ¡Si es un lila!

Mau. ¡Un primo!

Pipí ¡Un panoli!

Mau. ¡Un lipendi!

(Angelito, que continúa sentado entre los dos, les mira con cara de profundo estupor a cada insulto que le dirigen.)

Tanis (Que ha salido hace un momento y se ha colocado detrás de don Angelito.) ¡Un mamarracho!

Ang. (Más aterrado que nunca.) ¡Yo! Don Mauricio...

Mau. (Llevándose un dedo a los labios.) ¡Chist!

Ang. (A Pipí.) Pero si yo no...

Pipí (Haciendo lo mismo que Mauricio.) ¡Chist!

Ang. (A Estanislao) Dígale usted que...

Tanis (Haciendo igual que los otros.) ¡Chist!

Ang. ¡De aquí, para almondiguillas!

Mau. Pronto, coja usted su capa, y a la calle. (Llevándole a la percha y dándole una capa que no es la suya y que le está muy corta.)

Ang. ¡Pero si ésta no es mi capa!

Tanis Pronto, fuera de aquí.

Pipí ¡Fuera!

Ang. Pero si...

Mau. He dicho que largo...

Ang. Y yo digo que corta... ¡que me está muy corta!

Tanis (Dándole un sombrero que tampoco es el suyo.) Tome usted. ¡Como vuelva usted por aquí le doy un capón que se le va a quedar chico el sombrero!

Ang. (Intentando ponerse el sombrero, que no le pasa de la coronilla.) ¡Ya se me ha quedado! ¡Esto no me entra!

Mau. ¡Fuera de aquí!

Pipí ¡Fuera!

Tanis ¡Fuera!

Ang. Me voy, sí, con el corazón encogido, con el ánimo encogido y con la capa encogida; pero no olviden ustedes que he venido a hacerles a ustedes un servicio grande, pero muy grande. Buenas noches. (Se emboza y da rápidamente la vuelta al tiempo que por el foro entra el Camarero que trae en la cabeza una bandeja enorme llena de platos, fuentes, cubiertos, cafeteras, vasos, etc., etc. Angel tropieza con él y se le viene encima la bandeja con terrible estrépito.) ¡Ay!

Cam. ¡Animal! (Angel vase aterrado y los que hay en escena se quedan riendo a carcajadas, excepto el Camarero, que sale en persecución del pobre Tierno. Telón rapidísimo.)

MUTACION

Durante esta mutación cae un telón alegórico del Correo Interior. Además de lo que le sugiera al escenógrafo su fantasía, debe haber dos sobres con sellos de diez céntimos y con las siguientes direcciones:

Uno:

Sr. D.

Mauricio Antuñano

Sombrerete, 7

INTERIOR

Otro:

Sra. Doña

Salud Ortega de Antuñano

Pez, 80

INTERIOR

Hay también dos pliegos de papel rayado.

He aquí el texto, escrito en caracteres desiguales:

«¡Pobre Mauricio! Mientras tú te entretienes con la Ideal Pipí, tu mujer no se aburre del todo. Si lo dudas, dirige tus pasos hacia la calle del Carnero, número 107 quintuplicado. Vigila y te convencerás. Con tu mujer va un caballero elegantísimo. Debe de tener la sangre azul. ¡Infeliz Mauricio! Al más listo se la dan, y a tí me parece que te la están diñando. ¿No lo crees? Pues pasa por Carnero (calle de), esta tarde, a las tres en pnnto. Hasta otro ratito.»

Uno que tiene buen corazón.

La otra carta dice:

«Salud: si no quieres perder a tu marido per secula seculorum, estate esta tarde, a las tres y cuarto en punto, en la calle del Carnero, 107 quintuplicado, segundo derecha. ¡Atrévete! Si no lo haces, se lo llevará la otra.»

Corazón sensible.

CUADRO TERCERO

La escena aparece dividida; a un lado, a la derecha, y ocupando dos tercios del escenario, gabinete amueblado con modestia. Este cuarto tiene tres puertas: una al foro, otra a la derecha y la otra a la izquierda, que comunica con la alcoba. Esta ocupa el tercio restante del escenario; es una habitación estucada, con una puerta que es la que comunica con el gabinete. A la izquierda tiene balcón. Hay en esta alcoba una cama, mesa de noche, lavabo y una silla. Colgada delante del balcón una jaula con un pajarito. Los muebles del gabinete son pocos.

—

(Al alzarse el telón aparecen en escena DON ANGELITO y DOROTEO. Ambos están en la alcoba. Angelito se asoma de vez en cuando al balcón y mira a la calle con gran interés.)

Dor. (A Angelito.) ¿Viene?

Ang. No; todavía no se ve a nadie.

Dor. Y conste que esto de los anónimos me parece una verdadera barbaridad; es exponernos a que ocurra una desgracia, tal vez un drama pasional; él tiene un carácter violento!...

Ang. No tenga usted cuidado. (Mira por el balcón.)

Dor. Todo eso está muy bien; pero esto de elegir mi casa para arreglar estos asuntos sin haber contado antés conmigo, me parece poco correcto, mi querido don Angel.

Ang. Mi querido don Doroteo: yo me acordé de aquellas doscientas pesetas que le presté á usted hace tres años por Semana Santa y que aún no me ha devuelto usted. Cosa que tampoco me parece correcta. Favor por favor y *laus deo.* Quedamos en paz.

Dor. Debía usted haber hablado a don Mauricio antes de recurrir al anonimito, cosa cobarde y ruin.

Ang. Hablar yo a... ¡un cuerno! El domingo pasado, sin ir más lejos, me le encontré en la calle de Leganitos, y al quererle echar en cara su conducta, me atizó una bofetada, aquí, junto a esta oreja, que... ¿usté sabe

cuando se pone uno uno de esos caracolitos que se oye el mar? Pues como si me hubiera puesto un caracolito.

Dor. ¡Pobre don Angel!

Ang. (Va al balcón.)

Dor. ¿Viene ya?

Ang. Aún no. Ya verá usted; de aquí salen arreglados. El está si truena o no truena con la Pipí y solo quiere un pretexto para lanzarse en los brazos de su mujer (Vuelve al balcón.)

(Sale por la puerta del foro ROBUSTIANA, atraviesa el gabinete y entra en la alcoba. Lleva un barreño muy grande lleno de ropa recién lavada. Robustiana es joven, pero con una cara de bestia que asusta; viste muy desastradamente.)

Dor. (A Robustiana.) ¿A dónde vas tú, Robustiana?

Rob. (Muy bruscamente.) ¿Ande quié usté que vaiga? ¿Ande quié usté que vaiga? A tender la ropa. Mire usté cómo tengo las muñecas de tanto restregar. Eso sí, se ha quedao más blanca que la nieve; y sin legía, tóo a juerza de puños, a juerza de puños ná más.

Ang. ¿Esta es la doncella?

Rob. ¿Doncella? ¿Doncella?... ¡La criá! (Entra en el balcón a tender la ropa.)

Ang. (Pasando al gabinete con Doroteo.) Ya no debe tardar en venir.

Dor. Yo, para qué le voy a engañar a usted, no las tengo todas conmigo.

Ang. Pues esté usted completamente tranquilo. (Suena la campanilla violentamente.)

Dor. ¿Será ese? (Otro campanillazo mayor que el anterior.)

Ang. Sí, él es; no me cabe duda.. (Temblando ligeramente.)

Dor. (Muy nervioso y sin saber qué hacer.) ¿Y qué hacemos?

Ang. Usted abrir y yo encerrarme en ese cuarto hasta el momento oportuno...

Dor. ¿Pero me voy a quedar yo solo?... (Otro campanillazo mayor aún que los anteriores.)

Ang. Ande usted, hombre (Empujándole hacia la puerta de la derecha.)

Dor. (Cada vez más asustado.) ¡Esto es una barbaridad, una verdadera barbaridad! (Vase muy escamado.)

Ang. (Entrando en la alcoba y echando el pestillo.) En cuanto ella llegue, se arreglan. (Se pone a mirar al gabinete por el agujero de la cerradura.)

(Entra en escena violentamente MAURICIO; viene con cara de hacer una barbaridad. Detrás de él aparece el pobre DOROTEO, todo asustado y nervioso.)

Dor. ¡Don Mauricio! ¡Don Mauricio, por Dios! ¡Serénese usted, que viene usted muy sofocado!

Mau. ¡Que me serene! ¡Que me serene! Va usted a contestarme sin mentir; (Cogiéndole de las solapas.) una palabra que no sea verdad puede costarle a usted muy cara. Vengo dispuesto a todo.

Dor. Yo explicaré a usted...

Mau. Si fuera verdad lo que dice este papel.. (Estrujando rabiosamente el anónimo.) ¿Ve usted este revólver? (Sacando el arma.)

Dor. ¡Por la Virgen Santísima! (Aterrado.)

Mau. Una bala para ella, otra para él, otra para usté y la otra para mí.

Ang. (Que sigue mirando por la cerradura y da muestras de lo que le complacen las palabras de Mauricio.) ¡La quiere! ¡La quiere!

Dor. ¡Yo juro a usted!... (Cada vez más aterrado.)

Mau. Contésteme usted pronto: ¿Quién hay en esta casa?

Ang. ¡La quiere! ¡La quiere!

Dor. (Vacilando.) ¡Pues... ¡hay!

Mau. ¡Ah, canalla! Vacila usté. ¿Quién hay en ese cuarto? ¿Quién? ¡Pronto! ¡Pronto!

Dor. Pues en ese cuarto está...

Mau. (Separándole violentamente.) Quite usted. (Intenta abrir la puerta y al ver que no puede hacerlo se pone a mirar por la cerradura, lo mismo que por el otro lado hace Angel. Al ver que no ve nada, sopla.)

Ang. ¡Sopla! (Se retira tapándose un ojo. En este momento Robustiana hace fiestas al pájaro y le tira un beso.)

Rob. ¡Rico mío! (Beso.)

Maur. ¡Ah! ¡Miserable!

Rob. ¡Monín! (Da otro beso que suena aún más que el anterior.)

Maur. ¡Toma! (Dispara el revólver contra la puerta.)

Rob. ¡Ay!

Dor. ¡Le mató!

Ang. ¡Que me ha dado! (El tiro ha atravesado la puer-

ta y roto un cristal que cae con estrépito; Robustiana ha dejado caer el barreño y corre aterrada de un lado para otro; Angelito se busca el sitio donde cree que tiene la bala; Doroteo cae en una butaca, y Mauricio se dirige hacia la puerta, dispuesto a echarla a abajo.)

Maur. ¡Abrid o echo la puerta abajo!

Rob. ¡No abra usted que nos matan!

Maur. ¡Abrid he dicho!

Dor. Pero si quien está ahí es don Angelito...

(En este momento entra en escena SALUD.)

Salud ¡Mauricio!

Maur. ¡Tú! (Quedan sorprendidísimos.)

Ang. ¡Ella! (Yendo a escuchar.)

Rob. (Agarrándose violentamente a Angel.) ¡Por la Santa Virgen de mi pueblo, no abra usté!

Maur. (A Salud.) ¿Pero llegas ahora?

Salud Estaba la puerta abierta y he entrado.

Ang. ¡Se reconcilian! (Frotándose las manos de gusto.)

Maur. ¿No estabas ahí?

Salud ¿Yo?...

Dor. Yo explicaré a ustedes...

Ang. ¡Se reconcilian! ¡Se reconcilian!

Salud (Dándole el anónimo.) Yo he venido por este aviso.

Maur. La misma letra. Toma, el que yo he recibido. (Dándole el suyo.)

(Salud y Mauricio empiezan a leer a la vez y en voz alta los anónimos.)

Ang. Esta es la ocasión. (Abre la puerta sigilosamente, y sin que lo adviertan va a colocarse entre los dos esposos, al tiempo que éstos terminan la lectura de los anónimos. Robustiana sigue con la cara más asustada que nunca.)

Salud ¿De quién será esta vil calumnia?

Maur. ¿Quién será el autor de esta infamia?

Ang. (Entre los dos con cara de santidad y muy satisfecho de su acción.) ¡Yo, hijos míos, yo! ¿Quién iba a ser?... Yo que he querido poneros de acuerdo...

Salud
Maur. } ¿Usted?...

Dor. Sí, él.

Salud ¡Tome usted, por calumniador! (Dándole una bofetada muy sonora.)

Ang. ¡Ay!

Maur. De modo que usted... (Otra bofetada.)

Ang. ¡Ay!

Dor. Sí señores; él ha sido quien me ha expuesto a tener un disgusto. ¡Tome usted! (Otra bofetada.)

(Las tres han de ser rapidísimas.)

Ang. ¡Sí que los he puesto de acuerdo!

Maur. (A Salud.) Y ahora a casa los dos; allí hablaremos a solas...

Salud Sí, sí; fuera de aquí.

Ang. Allí, allí os explicaré detenidamente.

Salud Usted no pisa más mi casa.

Ang. (Con verdadera sorpresa.) ¿Eh?

Salud ¡Jamás!

Ang. ¿Me despedís?

Maur. Y ¡ay de usted si vuelve a poner los piés allí! Vámonos, Salud.

Salud Sí, sí, vamos, Mauricio. (Vanse por la derecha seguidos de Doroteo.)

Ang. ¡Se van! ¡Me despiden! ¡Ya no me necesitan! ¡Es verdad! ¡Pobre Angelito! ¡Desdichado Tierno! Ellos serán felices gracias a tu buen corazón, y tú al Asilo de los Ancianitos a cascar piñones al sol. (Se sienta con cara de profunda amargura.)

Rob. (Mirando con ternura a don Angelito.) ¡Pobre señor!

Ang. (Con alegría.) ¡Ah! Gracias a Dios, al fin encuentro un alma sencilla, un corazón generoso. (Yendo a abrazarla.)

Rob. (Separándole bruscamente.) Si se acerca usté a mí le parto los morros, so tío asqueroso.

Ang. ¡También tú!

Rob. A saber con qué intinción se habrá usté encerrao ahí conmigo. ¡Claro, tié una güenas carnes! (Vase por el foro no sin mirar despreciativamente a don Angelito,)

Ang. Está visto. No se puede tener corazón de mantequilla cuando se tiene la cabeza llena de virutas.

(Al público.)

Guardad siempre en la memoria
esta amarga observación:
«No tengais el corazón
de *Mantequilla de Soria.*»

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

NOTA IMPORTANTE

«El que pignora» no tiene que hablar, pero tiene mucho que hacer. El autor ruega a los directores de escena que repartan dicho papel a un actor de reconocida autoridad.

En Apolo lo interpretó el notable actor Valeriano León con plausible modestia y con general aplauso.

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Cuarta edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La afición, sainete en un acto, dividido en dos cuadros, original.

La real gana, sainete en un acto y en prosa original.

¡¡¡Pum!!! monólogo en prosa, original.

La triste viudez, entremés en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

PRECIO: UNA PESETA

Precio: UNA peseta